

Los fundamentos de la fe cristiana
Dr. James Montgomery Boice

Tomo 4: Dios y la historia
Parte I: El tiempo y la historia

1 — Y YO, ¿QUÉ TENGO DE MALO?

MARGARET HALSEY ES UNA AUTORA CUYA OBRA HA APARECIDO en la revista *Newsweek*. La menciono porque escribió un artículo titulado "Y yo... y yo, ¿qué tengo de malo?" que es un excelente punto de referencia para comenzar este cuarto y último tomo de "Los fundamentos de la fe cristiana". Como bien lo señala Halsey, nuestra generación ha sido denominada con justicia la generación del "yo"; y el pasado reciente, la década del nuevo narcisismo. Estas denominaciones señalan una perspectiva sobre la vida basada sobre la idea que "dentro de todos los seres humanos, no importa cuán modestos sean, se alberga una personalidad gloriosa, talentosa y avasallantemente atractiva, [que] se revelará en todo su esplendor si el individuo simplemente se olvida de la cortesía, la cooperación y la consideración hacia las demás personas y procede a hacer exactamente lo que a él o ella se le antoja".¹

Con una filosofía como ésta, aunque estrecha y equivocada, uno podría esperar que los individuos tendrían al menos la mejor de las oportunidades para realizarse como personas. Pero no funciona de esta manera. A pesar de esta indulgencia casi ilimitada y esta expresión desinhibida, el culto del yo ha dejado a miles insatisfechos.

Esta perspectiva universal centrada en uno mismo tiene muchas desventajas. Una de ellas es la tendencia del individuo a manipular a otros para su propia gratificación —una desventaja tanto para el manipulado como para el manipulador—. El típico macho egoísta a quien la filosofía de *Playboy* le canta los elogios constituye un ejemplo. Usa a las mujeres como usa los automóviles, los equipos estereofónicos o la vestimenta: para realzar la imagen que él tiene de sí mismo y aumentar su placer. Una tendencia a la manipulación también puede ser vista en algunos sectores del movimiento de liberación de la mujer, si bien en teoría rechaza la actitud de *Playboy*. Escribiendo en *Harper's*, la editora colaboradora Sally Helgesen habla sobre la idea según la cual la meta de una mujer debería ser "comer, dormir, hacer el amor, mirar televisión, escuchar música, salir a pasear, volver, leer, hablar por teléfono, escribir, mecanografiar, conversar, cantar —cuando lo desee—", señalando que dicha meta no tiene ninguna diferencia real con la perspectiva del mundo que comparte *Playboy* y que por lo tanto también está sujeta a una explotación comercial. "Este credo imaginativo, donde los dogmas de un hedonismo intemporal se sujetan para servir los fines de una cultura consumista, está siendo asistido por todo tipo de justificaciones inteligentes, que le aseguran a los adherentes que al pensar primero en sus necesidades de alguna manera beneficiará a la humanidad en el largo plazo".²

La segunda desventaja del culto al yo es la frustración. La realización personal no puede surgir de una indulgencia o expresión propia ilimitada. Si las personas piensan que así debería ser, terminarán inevitablemente frustradas y hasta enojadas cuando las cosas no resulten como habían anticipado. El resultado serán personalidades torcidas y una tendencia irracional por culpar a otros —al marido o la esposa, a la política, al estado, al medio ambiente o a Dios.

La búsqueda de la identidad

En su artículo, Halsey sugiere un número de deficiencias presentes en esta perspectiva del mundo que se centra en uno mismo. En primer término, argumenta que la teoría básica es falsa. Según esta teoría "dentro de todos los seres humanos... se alberga una personalidad gloriosa, talentosa y avasallantemente atractiva". Aunque todas las personas cuentan con elementos atractivos dentro de sí mismas, la realidad de la naturaleza humana es que "un desorden de impulsos primitivos irrestrictos"

arruinan nuestro "descubrimiento propio". Cuando las personas dicen: "No sé quién soy", lo que están queriendo decir es que no están conformes con lo que saben que son. Como no saben cómo librarse de sí mismos o transformarse, lo que hacen es dar las espaldas a todas las facetas desagradables de su ser. En segundo término, Halsey argumenta que "la búsqueda de la identidad está predestinada al fracaso" por la sencilla razón que la identidad no es algo que se pueda *encontrar* sino algo que está en *formación* mediante nuestras opciones, el trabajo constante y los compromisos con los demás.

El cristianismo aquí está en fervoroso apoyo de la teoría de Halsey, aunque es posible que lo afirme más llanamente. Estaría de acuerdo con que en el corazón del individuo hay "un desorden de impulsos primitivos irrestrictos". Pero la situación es aún peor. El corazón "se ha engrosado" (Mt 13:15), es "soberbio" (Lc 1:51), es duro e impenitente (Ro 2:5), lleno de "concupiscencias" (Ro 1:24). Pero sobre todas las cosas, el corazón se ha rebelado contra Dios (Mt 15:8). Jesús enseñó que la mayor parte de la maldad del mundo proviene de corazones de este tipo (Mt 15:18-19). Lo que los individuos necesitan es un nuevo corazón por medio de la obra del Hijo de Dios.

El cristianismo también resalta el hecho de que la identidad es algo que debe ser desarrollado. Es cierto, habla sobre una identidad que nos ha sido dada por la revelación y la redención. Somos criaturas de Dios y entramos a formar parte de la familia de Dios por la obra de Cristo. Pero el cristianismo también habla de un sentido de identidad en desarrollo —en la medida que quienes han sido salvados por Cristo, por la obra del Espíritu de Dios en sus corazones se adentran cada vez más en el conocimiento práctico de Jesús y de su personalidad—. Esto es lo que la teología cristiana denomina santificación.³

Sin embargo, el cristianismo brilla cuando se lo compara con cualquier análisis simplemente secular. Continúa hablando sobre la iglesia y la historia como una respuesta ulterior y más cabal al dilema humano. Los seres humanos tienen muchas necesidades: necesidad del conocimiento de Dios, de la salvación, de un poder que los haga capaces de sobreponerse a las tendencias pecaminosas y debilitadores de su naturaleza. Pero, además, hay una necesidad para entablar relaciones profundas con los demás, que le permitan lograr un sentido de propósito y pertenencia dentro de la historia.

La persecución contemporánea del yo desemboca en dos agonías principales: el aislamiento —que además conlleva el sentido de soledad cósmica— y la falta de sentido. De acuerdo con la Biblia, Dios ha terminado con la primera agonía mediante la creación de su iglesia, a la cual un creyente en Cristo pertenece automáticamente, y ha acabado con la segunda al incorporar al cristiano al devenir significativo de la historia bíblica.

La comunión

Los católicos tienen una frase —"Nadie tiene a Dios por su Padre sin tener a la Iglesia por su Madre"— que si bien a veces es usada equivocadamente para significar que no hay ninguna salvación fuera de la Iglesia Apostólica Romana, tiene, sin embargo, un elemento de verdad. La comunión con Dios trae inevitablemente la comunión con otros cristianos dentro del cuerpo de la iglesia. El apóstol Juan señaló esto en los versículos iniciales de su primera epístola: "lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1:3). Tenemos aquí dos clases de comuniones: con Dios y con otros cristianos. Pero no hay nada en este versículo que indique que cualquiera de ellas puede tenerse sin la otra. Por el contrario, son una única comunión. Tener comunión con los demás cristianos es entrar en la comunión con el Padre. Tener comunión con el Padre es tener comunión con aquellas personas por las que Cristo también murió. Es pertenecer a la familia de Dios.

La gente hoy en día, y en cualquier otra época, necesita comprender esto. Cuando Dios creó una compañera para Adán explicó su acción diciendo: "No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él" (Gn 2:18). Esto expresa las razones de Dios para el matrimonio, pero también se refiere a la vida en su totalidad. La soledad no es buena. Las personas necesitan de la comunión, y es la voluntad de Dios, que la tengan.

Cuando no tienen la verdadera comunión, que permite que uno se realice a sí mismo como persona, tal como ha sido la intención de Dios, muchas personas van de aquí para allá estableciendo un tipo de "comunión" vacía que se basa más en la proximidad que en verdaderas relaciones. Un ejemplo de esto lo constituye la camaradería de un club social. Otro ejemplo sería la interacción frenética en una discoteca. Estas agrupaciones de personas se han convertido en populares porque sustituyen la proximidad por la verdadera comunidad y de ese modo ayudan a las personas a olvidarse de la trágica pérdida de identidad personal que las condujo a dichos lugares.

Hay cuatro tipos de pérdida de identidad comunes hoy en día: la pérdida de identidad familiar, de identidad nacional, de identidad religiosa y de identidad personal. Cada una de estas pérdidas puede ser suplida en la iglesia, en caso que las otras instituciones de apoyo que idealmente deberíamos disfrutar estén en falta —una familia comprensiva y estable y un país del que seamos capaces de enorgullecernos.

La iglesia fue establecida en la tierra para cumplir con varios propósitos: la adoración, el servicio, la diseminación organizada del evangelio. Pero además de estos propósitos obvios, otro objetivo principal de la iglesia es la unión de los seguidores de Cristo en una comunidad visible y la sustitución de un cristianismo "privatizado" por un cristianismo social. Nada que con justicia pertenezca a la relación de un individuo con Dios puede ser dejado fuera por este hecho. Por el contrario, la relación de una persona con Dios será en realidad desarrollada y expandida con sus relaciones con los otros creyentes.

James Bannerman, que escribió un estudio sobre la iglesia como colación de sus ponencias a los estudiantes de teología en Escocia, en el siglo diecinueve, declaró:

Existe algo en la propia naturaleza del hombre que hace que la unión y la comunión con otros hombres sea esencialmente necesaria para desarrollar todas las facultades y poderes de su ser; y en la economía de la gracia se ha tomado ventaja de esta característica de la naturaleza del hombre; de modo que bajo el poder de la asociación, los creyentes no son simples unidades en la dispensación de Dios, sino que son hermanos en el disfrute de la comunión colectiva entre ellos, así como en el disfrute de la comunión individual de cada uno con su Salvador. De acuerdo con los planes de Dios, el cristiano será más cristiano en sociedad que solo, y más en el disfrute de los privilegios espirituales cuando los comparte con otros que cuando los posee por separado... Esto constituye, por ejemplo, la bendición prometida parados "dos o tres reunidos en el nombre de Cristo", por encima y trascendiendo lo que ha sido prometido para el adorador solitario; y esto constituye también la respuesta más abundante y llena de gracia que resultará de la oración cuando los hombres, aunque pocos, "acuerden entre sí qué pedir de Dios", más que de las peticiones que hagan por separado y en solitario....

La iglesia cristiana fue establecida en el mundo para ejecutar las ventajas superiores de un cristianismo social sobre un cristianismo individual, y para fundar y mantener la comunión de los santos. En esta unión con Cristo como la Cabeza, el creyente individual queda injertado en el mismo cuerpo, y participa de los mismos privilegios con los demás creyentes. Es uno con ellos en el mismo Espíritu, en la misma fe, en el mismo bautismo, en las mismas esperanzas, en la misma gracia, en la misma salvación. Los vínculos de esa unión espiritual servirán para fortalecer su propio cristianismo espiritual, su simpatía para hacer florecer sus propios afectos individuales, y su estímulo para hacer crecer su fe y esperanza personal; de modo que, en la comunión con la Iglesia, y dentro del círculo mágico de sus influencias, mucho más que fuera de ella, el creyente es un creyente en un sentido más elevado.⁴

Una identidad histórica

Pero la iglesia, por medio de la cual el individuo entra en la comunión con otros de su mismo sentir, no es la única respuesta de Dios al aislamiento y la falta de sentido humana. Cuando entra en la iglesia, el cristiano también entra en el devenir de la historia bíblica, que hace que la vida de una persona tenga sentido. La iglesia coloca a los creyentes en el espacio. Pertenecen a la iglesia de Dios en Jerusalén o en

Roma o en Nueva York o en Londres, para utilizar el método neotestamentario de hacer referencia a las iglesias. La historia coloca a los creyentes en el tiempo —en el siglo veinte, por ejemplo, en lugar de colocarlos en el período de la iglesia primitiva o en la época de la Reforma.

La religión bíblica es histórica y el Dios de la Biblia es preeminentemente el Dios de la historia. Este factor, más que ningún otro, diferencia al judaísmo y al cristianismo de las otras religiones que existían a su alrededor. En los tiempos del Antiguo Testamento casi la totalidad de las religiones de los pueblos que rodeaban a los hebreos eran religiones de la naturaleza. Identificaban a su dios o sus dioses más altos con el sol, los vientos, las lluvias, o las estaciones. En algunos casos, como en la religión de Baal, que fue una amenaza constante para Israel durante gran parte de su historia, dichas identificaciones produjeron una religión de la fertilidad. En algunos períodos muy decadentes hasta los órganos humanos reproductivos fueron adorados. Lo mismo era cierto de Egipto. En todos los casos, el flujo de la religión era cíclico —de una luna hasta la siguiente, o de una cosecha a la siguiente— y la historia como tal no tenía ningún significado.

La religión del Antiguo y el Nuevo Testamento es distinta. Tomemos nota cómo Dios llamó a Abraham: "Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra" (Gn 12:1-3). Hay dos características salientes en este llamado. En primer lugar, el llamado tenía la naturaleza de una promesa o un pacto de Dios a Abraham —Abraham no lo había solicitado—. En segundo lugar, fue hecha en la historia y será cumplida en la historia. Mientras leemos la historia bíblica que sucedió, vemos que este cumplimiento histórico se desarrolló en un período de tiempo considerable. Abraham sí dejó su tierra, y Dios sí lo trajo a una nueva tierra. Pero la nación que había de descender de él no fue traída en existencia durante la vida de Abraham sino durante varias generaciones posteriores. Tampoco la plena medida de la bendición se hizo visible hasta la aparición del Mesías al comienzo de la era cristiana.

Otro hito en la historia religiosa del Antiguo Testamento lo constituyó la liberación de los descendientes de Abraham de una nación poderosa, de Egipto. En esa liberación, Dios modificó el curso normal de los elementos, de la vida animal y los cuerpos celestes para traer juicios sobre Faraón y obligarlo a dejar ir a su pueblo (Ex 5:1). Como consecuencia de esa liberación, Israel debía adorar a Jehová y obedecer los mandamientos éticos dados por él (Ex 20:1-17). El pacto hecho con Abraham fue reiterado pero en esta ocasión con un equilibrio de bendiciones y maldiciones que dependían de la obediencia o desobediencia del pueblo (Dt 11, 27-28).

Durante el reinado de David recibieron la promesa de Uno que habría de gobernar a Israel para siempre (2 S 7:12-16).

El elemento histórico predomina en cada uno de estos hitos de la relación de Dios con su pueblo. Dios interviene en la historia y la dirige para que la promesa que ha dado a su pueblo pueda ser cumplida. La historia está yendo hacia algún lado, de acuerdo con este sistema de pensamiento, y porque tiene una dirección, tiene sentido para los individuos que por la gracia de Dios quedan atrapados en ella.

La aparición de Jesús de Nazaret trajo este período de la promesa y la expectativa a un clímax, pero también lanzó un nuevo período histórico que brota de su obra de redención. La aparición de Jesús fue la intervención decisiva de Dios en la historia. Le dio el significado final a la historia como a su vez la base para el juicio sobre la misma.

El idioma griego tiene varias palabras para referirse al Tiempo: *hêmera* (día), *hōra* (hora), *kairos* (estación), *chronos* (tiempo), *aiōn* (era) y otros. De todas éstas, la más importante es *kairos*, que es utilizada repetidamente para referirse a la venida de Cristo y a su muerte y resurrección como los momentos y acontecimientos claves de esa venida. El impacto de esta palabra es más evidente cuando se la compara con *chronos*. Tanto *kairos* como *chronos* se refieren al tiempo y con frecuencia

se las traduce como tiempo en nuestras Biblias. Pero *chronos* se refiere únicamente al transcurso del tiempo, la sucesión de un acontecimiento tras otro. Podemos tener una idea de este término en nuestra palabra *cronología*. *Kairos* se refiere a un momento en el tiempo que es especialmente importante o favorable. Puede ser usado secularmente como en las palabras de Félix a Pablo, "Ahora vete; pero cuando tenga *oportunidad* te llamaré" (Hch 24:25). Sin embargo, *kairos* es especialmente apropiada para referirse a la aparición de Cristo. Así fue como Pedro escribió sobre las interrogantes de los profetas del Antiguo Testamento que escudriñaban "qué persona y qué *tiempo* indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos" (1 P 1:11). Jesús hizo referencia a su Pasión como su *kairos*: "Mi *tiempo* está cerca" (Mt 26:18). En el evangelio de Juan el mismo efecto se logra por la referencia de Cristo a la *hora* de su muerte y glorificación (Jn 2:4; 7:30; 8:20; 12:23; 13:1; 16:32; 17:1).

Jesús fue una figura histórica cuya vida y enseñanzas pueden ser investigadas por las técnicas académicas normales. Cuando esa verdad se pierde, el cristianismo mismo se pierde, porque es y debe ser histórico. Sin embargo, la vida de Cristo es incluso más que esto —es *histórica*—. El significado de toda la historia se revela en la historia del Señor Jesucristo, y en la opción entre el compromiso con él o nuestro rechazo de él, y su historia determina nuestros destinos.

Esta línea de pensamiento nos trae de regreso al dilema de los hombres y las mujeres contemporáneos. Hemos visto cómo las dos necesidades más sentidas de nuestra época, una necesidad de identidad y una necesidad de significado o sentido, se suplen por medio de la incorporación a la iglesia y a la historia bíblica. Pero aquí debemos decir que sólo por medio de la fe en Cristo y el compromiso con Cristo tiene lugar esta incorporación. Es cierto, la iglesia es la respuesta a la soledad en su nivel más profundo. Pero se trata de la iglesia de Cristo. Es su cuerpo (1 Co 12:27; Ef 1:23; Col 1:18), y él es la puerta sólo a través de la cual podemos entrar en su comunión (Jn 10:7-10).

La respuesta a la falta de sentido es incorporarse a este flujo de historia llena de sentido. Es la historia de Cristo, y el camino para entrar en ella es por medio de él.

La importancia del presente

Sin la iglesia nos quedamos con una religión de un individualismo puro en donde cada persona hace lo que según ella es lo correcto. Sin una perspectiva bíblica de la historia nos quedamos con una religión de un amor nebuloso y una comunión sentimental. Tanto la iglesia como una perspectiva bíblica de la historia son necesarias. Sólo entonces podremos ser parte de una compañía en marcha, una compañía buscando llevar adelante las directivas de Dios para nuestro tiempo y lugar -sabiendo que los resultados serán significativos.

Unos años después de haber finalizado la Segunda Guerra Mundial, un historiador inglés, Herbert Butterfield, escribió un libro sobre la visión cristiana de la historia. En el mismo trató de colocar los acontecimientos del pasado reciente en perspectiva y de animar a los creyentes a una conducta ética y significativa. Escribió:

Dentro de la tradición principal del cristianismo siempre se ha reconocido que si el Verbo fue hecho carne, la materia nunca puede entenderse como la maldad misma. De manera similar, si un momento en el tiempo pudiera abarcar tanto como esto, entonces no se puede desechar el tiempo y decir que cualquier momento en el tiempo es simple vanidad. Cada instante en el tiempo se convierte, más momentáneo que nunca -todo instante es "escatológico" o, como lo ha expresado una persona, como la instancia del cuento de hadas en que el reloj está por dar las doce campanadas. Según esta perspectiva no hay cabida para un Dios ausente que deja a la humanidad a la merced de la casualidad en un universo ciego, desierto y helado. En el escenario de la historia humana se está desarrollando un drama real —no la pesadilla de un demente o unos sueños vaporosos. Está teniendo lugar un conflicto real entre el bien y el mal; los acontecimientos son importantes, y siempre se logra algo independientemente de nuestro aparente éxito o fracaso.⁵

Esta iluminación debería ser compartida por todos los cristianos y no ser sólo la visión de un historiador cristiano.

Para concluir este capítulo, una palabra bíblica más sobre el tiempo: la palabra *ahora* (*nun*). Nos muestra que el *kairos* en el que vivimos tiene una importancia eterna: "Vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que *ahora* sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero *ahora* habéis alcanzado misericordia" (1 P 2:10); "Bienaventurados los que *ahora* tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que *ahora* lloráis, porque reiréis" (Lc 6:21); "Porque dice: En *tiempo* aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido" (2 Co 6:2).

Si la vida de Cristo tuvo su importancia en el flujo de la historia, entonces por gracia de Dios y por la unión con Cristo, nuestras vidas también tienen importancia. Nuestro *ahora* es importante.

Notas

1. *Newsweek*, 17 de abril de 1978, p. 25.
2. *Harper's*, Mayo 1978, pp. 23-24.
3. Estos pasos corresponden a las doctrinas desarrolladas en los tres primeros tomos de este volumen: primero, el conocimiento de Dios y el correspondiente conocimiento de nosotros mismos como rebeldes en necesidad de un Salvador; segundo, el conocimiento de Cristo como el Salvador; y tercero, el conocimiento del Espíritu Santo y su obra al aplicar la salvación provista por Cristo para nosotros en el momento inicial de nuestra creencia en Cristo y a través de nuestras vidas como cristianos.
4. James Bannerman, *The Church of Christ: A Treatise on the Nature, Powers, Ordinances, Discipline and Government of the Christian Church*, vol. 1 (1869; re-edición ed., London: Banner of Truth Trust, 1974), pp. 91-92.
5. Herbert Butterfield, *Christianity and History* (New York: Charles Scribner's Sons, 1950), p. 121.

Los fundamentos de la fe cristiana
Dr. James Montgomery Boice

Tomo 4: Dios y la historia
Parte I: El tiempo y la historia

2— LA MARCHA DEL TIEMPO

DURANTE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL Y DURANTE ALGUNOS años previos y posteriores, hubo una serie de informativos populares que semana tras semana se proyectaban en las salas de cine de Norteamérica. La serie, producida por la corporación *Time-Life*, se llamaba *The March of Time* ["La marcha del tiempo"]. Una música de marcha, una voz de un reportero entusiasta y seguro, una secuencia de escenas de todo el mundo impresionaban al espectador con lo que aparentemente estaba sucediendo en esta era "moderna", acelerada. El título de la serie ya lo decía todo. El tiempo en realidad parecía estar marchando, y hasta corriendo. Era la era del progreso. De modo que si bien de vez en cuando había noticias desagradables —como; por ejemplo, con respecto a las reservas militares— muy pocos ponían en duda el hecho de que el tiempo eventualmente se encargaría de todo y que el progreso era inevitable.

¡Cómo han cambiado los tiempos! En la actualidad la gente no está nada segura de que el progreso sea inevitable —aunque a veces hablan como si ese fuera el caso—. El progreso requiere un movimiento planificado y dirigido, que a su vez requiere un Planificador y un plan. En la actualidad la gente no está tan segura sobre la existencia de un Planificador o un plan. La visión optimista del progreso de la historia que predominó durante una época anterior ha dado lugar a una perspectiva que considera a la historia sólo en términos de una serie de movimientos sin ninguna relación y sin ningún control. Y esto es estremecedor.

¿Marcha la historia? Si lo hace, ¿quién marca el ritmo? La única manera de contestar estas preguntas es regresar al principio y preguntarnos de dónde surgió la visión moderna del progreso histórico y en base a qué se creyó en ella. Debemos comenzar con la perspectiva antigua de la historia que fue reemplazada por la perspectiva moderna.

La visión cíclica de la historia

Aunque son los griegos quienes encarnan la perspectiva antigua de la historia, suele decirse que ellos no estaban interesados en la historia. Esto no es un comentario del todo justo con respecto a una raza que produjo historiadores de la talla de Herodoto, quien registra el surgimiento de Grecia, y de Tucídides, quien registra su decadencia. Pero hay un cierto elemento de verdad en dicha afirmación negativa, a pesar de estas dos figuras tan eminentes.

El interés griego por la historia, si es que dicho interés en realidad existía —y no era universal—, estaba dirigido hacia su propia raza y su enfoque singular sobre la vida surgía de allí. Pero aunque se consideraban a sí mismos mucho más avanzados y por encima del barbarismo de quienes los habían precedido, no pensaban que su raza se hallaba en una etapa dentro de un movimiento ascendente sin fin. En realidad se trataba de una cima que inevitablemente daría lugar a tiempos de pobreza nuevamente. La visión griega del tiempo era cíclica. Es decir, el cambio era inherente a la historia, pero era un cambio que constantemente se volvía sobre sí mismo, del mismo modo que lo hacen los planetas o las estaciones. Las naciones ya habían ascendido hasta la cima del poder en el pasado y luego habían entrado en decadencia. Y esto volvería a suceder. Pero los ciudadanos de estas naciones no "llegaban a ningún lado" como consecuencia de su ascensión, ni los demás "avanzaban" por causa de su caída. El único significado estaba inherente al círculo mismo, y la única salvación para una persona atrapada dentro de dicho círculo consistía en escaparse. En lo que respecta a la historia, los griegos no

habrían tenido ningún problema en aplicar la descripción de la rueda de la fortuna que hace el barquero carnavalesco: "Gira y gira y gira, y cuándo ha de detenerse nadie lo sabe".

La perspectiva clásica de los griegos involucraba cinco proposiciones:

1. Los griegos no tenían ningún interés en el pasado, en el sentido de estudiarlo para buscar razones sobre el porqué las cosas son como son. Podría ser cierto, sostiene R. G. Collingwood, que Herodoto haya sido una excepción en este punto, pero la concepción que predominaba era que si el pasado tenía algo de interés era sólo como una ilustración de aquellas características del pensamiento y el comportamiento humanos que también podían ser observadas en el presente.¹
2. No tenían ningún interés real en el futuro.
3. No cabía esperar nada nuevo en la historia. Epicuro dijo: "Nada nuevo sucede en el universo, si se considera el tiempo infinito pasado".² Marco Aurelio, un filósofo romano estoico posterior, expresó lo mismo:
El alma racional... atraviesa todo el universo, y el vacío circundante, y contempla su forma, y se extiende dentro de lo infinito del tiempo, y abarca y comprende la renovación periódica de todas las cosas, y entiende que los que vendrán después de nosotros no verán nada nuevo, ni los que nos antecedieron han visto más que nosotros, pero de manera tal que el que tiene cuarenta años de edad, si algo de entendimiento tiene, por virtud de la uniformidad que prevalece, ha visto todo lo que ha sido y todo lo que habrá de ser.³
4. La esclavitud humana al tiempo, debida a la existencia corporal, es una maldición.
5. La salvación es la liberación de ese curso circular eterno y, por lo tanto, la liberación propiamente del tiempo. Platón le dio una expresión clásica a este pensamiento: "El alma... es... arrastrada por el cuerpo a la región de lo mutable, y peregrina y es confundida; el mundo gira a su alrededor, y ella es semejante a un borracho bajo su influencia... Pero cuando vuelve en sí misma, reflexiona; ingresa entonces en el campo de la pureza, de la eternidad, y la inmortalidad, y la inmutabilidad, que son sus parientes, y vive con ellos para siempre... y al estar en comunión con lo inmutable es inmutable".⁴

En resumen podríamos decir que para los griegos, los acontecimientos históricos eran cíclicos y que la salvación consistía en ser liberados de la historia por medio del pensamiento racional.

La historia como progreso

Sería hartito difícil probar, ni siquiera en un ensayo extenso, cómo y en qué momento la visión clásica sobre la historia se transformó en la noción moderna del progreso histórico. Sería suficiente decir que el cristianismo tuvo un papel fundamental, si no exclusivo, en esta transformación.

El cristianismo trajo a un primer plano la doctrina de un Dios que se revelaba a sí mismo en la historia, como señalamos en el capítulo anterior. Dios no era ni fútil, ni semihumano, ni semidios como los dioses y diosas del panteón griego, ni tampoco era el Motor Primario, inmutable, de los filósofos griegos. Este Dios amaba a su pueblo, se dolía por su pueblo y movía los cielos y la tierra, como si así fuera, para lograr su liberación. Otro elemento que el cristianismo trajo a la luz fue su perspectiva del ser humano, no como un alma divina aprisionada en un cuerpo vil y percedero —como lo concebían los griegos—, sino como una unión del cuerpo, el alma y el espíritu, todos creados a imagen de Dios. Cada parte del ser humano era importante y de valor. La salvación debía ser concebida, por lo tanto, no como la salvación exclusivamente del alma o del espíritu, sino también del cuerpo, mediante una resurrección histórica final. Por último, el cristianismo introdujo una conciencia moral elevada que requería un ajuste de cuentas final, con premios y castigos en el juicio final.

Estas doctrinas lentamente se abrieron paso en la historia. Durante la Edad Media, el cristianismo se entremezcló con el platonismo y el aristotelismo para producir un sentido de otra mundanalidad que con frecuencia oscureció los intereses históricos del cristianismo. Pero, hacia finales del siglo dieciséis y el

siglo diecisiete —primero a través del científicismo de Francis Bacon (1561-1626) y luego por medio de la filosofía de pensadores tales como René Descartes (1596-1650) y Baruch Spinoza (1632-77)— el valor del conocimiento, percibido por los griegos, y la idea de un devenir de la historia, derivada del cristianismo, se combinaron para producir una fe en un progreso científico y social inevitable. Esa visión floreció en el desarrollo de la ciencia, del siglo dieciocho, y en el desarrollo de la industria, en el siglo diecinueve —la Revolución Industrial—. Al finalizar ese período, cuando Charles Darwin (1809-82) introdujo la idea de una progresión evolutiva entre los seres vivos, la victoria del nuevo enfoque parecía completa.

Gordon H. Clark resume este asunto demostrando que esta perspectiva final y madura de la historia como progreso comprende tres doctrinas cardinales.

1. El progreso es un proceso natural y debe haber estado en operación siempre.
2. El progreso debe tener lugar en todas las esferas. Deben darse mejoras sociales, morales y filosóficas, junto con el avance científico.
3. Si el progreso se concibe como una ley natural, entonces debe ser necesario e inevitable.

Estos puntos fueron los que le dieron a los siglos dieciocho y diecinueve su optimismo. Se creía que, aunque a veces la historia tenía regresiones por errores de juicio, de todos modos estaba en la naturaleza de la voluntad humana perseguir el progreso, y que este deseo innato, como cualquier otra ley "natural", se impondría al final. Las causas de dicho progreso eran la acumulación de *conocimiento*, la *planificación* política y social y la *evolución* biológica.⁵

Hoy en día cada una de estas tres causas es considerada inadecuada para sostener dicho optimismo. El progreso del conocimiento científico es evidentemente inadecuado por la razón que el emprendimiento científico no tiene nada en sí mismo que determine de qué manera han de utilizarse los descubrimientos de la ciencia. La ciencia puede producir la energía atómica, pero esta energía luego puede utilizarse para producir armas atómicas como para ser fuente de estaciones de energía atómica en tiempos de paz —y ni siquiera estas estaciones energéticas son sin ambigüedades un paso adelante—. La ciencia puede producir una gama aparentemente infinita de cosas para el mercado de consumo. Pero es cuestionable si dicha multiplicación de bienes es progreso, o si por el contrario no se trata, en cambio, de un caso del alma siendo sofocada debajo de sus posesiones.

Nuevamente, hay fe en la planificación social, ¿pero cuál es el resultado? Desde el principio ya es cuestionable si la planificación social y política en realidad sirve. En la actualidad la mayoría de los problemas parecen estar por encima de las soluciones propuestas —la inflación, la inestabilidad internacional, el crimen, la violencia irracional, para mencionar sólo algunos—. Pero aun si fuera cierto que dicha planificación pudiera ser efectiva, todavía no hay ninguna garantía que la planificación pueda ser dirigida hacia fines verdaderamente "progresistas". En manos de gobernantes inescrupulosos, por ejemplo, dicha planificación podría ser usada para esclavizar y envilecer a los pueblos.

Por último, en lo que concierne a la evolución, la arrogancia de quienes asumen que la raza humana es el epítome del adelanto biológico resulta ser ridícula vista nuestra capacidad para hacernos explotar de la faz del planeta.

Al analizar estos temas, Clark hace otra observación subrepticia, preguntándose si una filosofía de progreso no requiere finalmente su propio rechazo. Pregunta:

Si el progreso es la ley de la historia; si nuestro bagaje moral e intelectual es superior al de la antigüedad; y si nuestra sociedad y nuestras ideas han de madurar hasta ser algo mejor y totalmente diferente; si nuestra imaginación ha de evolucionar hasta alcanzar un grado tal ahora imposible de imaginar; si todos los viejos conceptos que ya nos han servido por tanto tiempo han de ser reemplazados por conceptos nuevos y mejores, ¿no es lógico concluir que la teoría del progreso será descartada del mismo modo que la noción del siglo dieciocho y diecinueve, como una teoría que sin duda sirvió durante su época, pero que también se convirtió en anticuada y falsa? ¿Podría

ser que la mejor evidencia contemporánea de progreso sea una creencia cada vez menor en el "progreso"?⁶

Sin duda que el valor de estos argumentos es variable, pero puede decirse sin ninguna duda que su peso acumulado es tal que la óptica optimista de la historia como progreso, que predominó durante el siglo diecinueve, ha sido hecha añicos. Ha sido destruida por dos guerras mundiales, y por numerosas guerras pequeñas y sus correspondientes atrocidades. Una guerra podría ser tildada como una aberración, una guerra "para hacer del mundo un lugar seguro para... cualquier cosa". Pero una serie de guerras y otros horrores exige una explicación mucho más rigurosa.

¿Nos cabe decir que la visión moderna del progreso histórico es completamente equivocada? ¿Hemos de concluir que la historia después de todo carece de sentido? ¿Debemos regresar al escapismo histórico de los griegos y otros pueblos de la antigüedad? Esto no es necesario. Lo que sí es necesario es un regreso a la visión bíblica de la historia en la que Dios ejerce el control, y no los seres humanos. Su voluntad se cumple, y no la voluntad humana o algún principio histórico abstracto. Los cristianos pueden expresar su confianza en esto y desearlo cuando oran: "Venga tu reino. Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo" (Mt 6:9-10).

Una visión cristiana de la historia

Estas oraciones del Padrenuestro sirven para ilustrar varios componentes de la visión cristiana de la historia: un objetivo (el reino de Dios), una lucha (el reconocimiento de que el reino de Dios no vendrá naturalmente, ni que su voluntad será hecha naturalmente, sin ninguna oposición), la responsabilidad humana —orar y trabajar para la realización de dicho reino—. Pero una manera mejor de rastrear una visión cristiana de la historia está inherente en las doctrinas bíblicas singulares que la sustentan: la creación, la providencia, la revelación, la redención y el juicio. Cuando estas doctrinas son aplicadas a la historia, nos enseñan que existe una historia exhaustiva y universal de la raza humana; que Dios controla la historia; que como resultado, la historia tiene una matriz o un objetivo; que Dios actúa redimiendo en la historia; y que los hombres y las mujeres son responsables por lo que hacen o dejan de hacer dentro del devenir de la historia.

1. **La primera enseñanza es la *doctrina de la creación según la Biblia*:** el mundo no es eterno sino que fue traído en existencia como una expresión de la voluntad de Dios y por medio de sus actos explícitos. El mundo natural es entendido como el marco de fondo para el mundo de los hombres y las mujeres (Gn 1). Es decir, la raza humana no es una parte accidental o menor de un orden eterno de las cosas sino una parte específica y valiosa de la creación, debido a la cual todas las demás partes fueron creadas. Toda la raza humana descendió de la pareja original, Adán y Eva, y se trata por lo tanto de una unidad, a pesar de las divisiones posteriores en grupos nacionales o étnicos. El propósito de la historia debe incluir a todos estos grupos y no simplemente a los occidentales u otros grupos "favorecidos".

El mundo de la antigüedad no tenía ninguna filosofía similar a ésta, ni hay ninguna semejante en la actualidad si no ha tomado prestado del cristianismo. Los griegos no tenían ningún concepto de la creación; para ellos la materia era eterna. Tampoco tenía nada semejante a una perspectiva universal según la cual todos los seres humanos de todas las razas formaban parte del mismo gran cuadro o diseño.

La necesidad de un alcance universal para la historia ha sido enfatizada sólo recientemente por los historiadores seculares. Uno piensa en las historias de Oswald Spengler y Arnold J. Toynbee. Lo singular de estos autores es su deseo explícito de escribir la historia universal de la raza. Spengler en sus dos volúmenes sobre "La decadencia del occidente" (*The Decline of the West*)⁷ critica a sus predecesores en este punto. Dice que han tenido un pensamiento provinciano al creer que Europa es el centro capital de la historia por la sencilla razón que ellos vivieron en ese lugar. Han desestimado a otros pueblos y otras áreas. Pero mucho más serio que su provincianismo, sin

embargo, es el error de interpretación a que dicho provincianismo conduce. Al restringir el interés a Europa, es posible concebir el tipo de visión progresiva de la historia provista por los historiadores de los siglos recientes. Pero cuando se considera más allá de Europa, a Asia y otras áreas del mundo antes desestimadas, es fácil ver que la historia no consiste en un proceso lineal en sentido ascendente sino en un fenómeno en el que las culturas nacen, se hacen fuertes, se deterioran y mueren. Sobre la base de esta analogía, Spengler predijo la decadencia del occidente —de donde surge el título de su obra—. Dicha predicción le trajo un reconocimiento instantáneo.

Toynbee es más optimista que Spengler y también menos pretencioso. Su obra se llama *A Study of History* ("Un estudio sobre la historia")⁸; es decir, consideró su obra simplemente como una interpretación entre muchas y no como la interpretación de la historia para todas las épocas. Si bien el enfoque es distinto, el objetivo de Toynbee es el mismo que el de Spengler; vale decir, traer a toda la historia dentro del mismo marco. Al hacer eso, individualizó treinta y cuatro civilizaciones, que incluyen trece civilizaciones "independientes", quince civilizaciones "satélites", y seis civilizaciones "abortivas". Cada una de estas civilizaciones está caracterizada por un tema dominante.

Y esto es lo interesante. Si bien tanto Spengler como Toynbee parecen estar alertas al hecho de que la raza humana es una sola raza y que la historia de la raza debería por lo tanto ser una historia universal, sus historias son asombrosamente distintas. Es llamativo ver qué poco tienen en común. ¿Qué es lo que está mal? ¿Significa esto que el deseo de una historia universal está fuera de lugar, que no existe después de todo una historia de este tipo? No necesariamente. Pero la divergencia significativa que aparece entre tan grandes historiadores como Spengler y Toynbee está señalando lo difícil que le resulta a una mente humana abarcar un tema de dichas proporciones. Podemos plantear este punto todavía con mayor énfasis. Como el escribir la historia involucra una selección y una interpretación de los hechos y como dicha selección siempre se realiza, al menos en parte, sobre la base de la experiencia subjetiva y el juicio del intérprete, es imposible escribir una historia puramente objetiva. Siempre habrá diferencias entre las interpretaciones históricas de este alcance, e incluso también entre las de menor alcance. La única manera de superar este problema es recibir una interpretación de la historia que venga desde fuera de la historia, de un Ser que entienda a la historia a la perfección pero que esté por encima y la trascienda y que por lo tanto no sea afectado por las distorsiones y los prejuicios introducidos por el hecho de vivir y trabajar dentro de la historia. La única manera de tener una visión de la historia objetiva y universal es que Dios, el Dios de la historia, la provea.

El cristianismo sostiene que Dios ha hecho eso. Cuando hablamos de una doctrina de la creación y lo que esta implica para la visión universal de la historia, lo podemos hacer por la sencilla razón que Dios ya nos ha revelado estas cosas a través de las sagradas Escrituras.

2. **Este razonamiento nos conduce con naturalidad a la doctrina cristiana sobre la revelación**, pero antes de considerar este punto, es necesario analizar la *doctrina de la providencia* que también surge naturalmente de la doctrina de la creación. La Biblia nos revela que habiendo creado al mundo, Dios no lo abandonó, como si se tratara de un enorme reloj mecánico al que se le dio cuerda y que luego se dejó que ésta se le acabara. Por el contrario, Dios guía el desarrollo de la historia a través de sus decretos eternos, y en ocasiones interviene sobrenaturalmente en la naturaleza y en la historia para que sus decretos se cumplan.

La doctrina de la providencia divina coloca la visión cristiana de la historia en categorías completamente diferentes a las del naturalismo. El naturalista cree que hay ciertas leyes de la historia que son inalterables y que permiten, por ende, predecir lo que vendrá. Spengler es un ejemplo de este enfoque; ha utilizado las leyes del nacimiento, el crecimiento, la decadencia y la muerte para predecir la caída de la civilización occidental. Un ejemplo aun mejor es Karl Marx (1818-83), que redujo las leyes de la historia a factores materialistas o económicos. Marx fue

influenciado por la dialéctica de Hegel, pero decía que había puesto a la dialéctica cabeza para abajo. Lo que quería decir era que Hegel había convertido al espíritu del racionalismo en el factor determinante dentro del flujo eterno de la tesis, la antítesis, y la síntesis, mientras que él, por el contrario, había basado hasta esas fuerzas racionales en la naturaleza. La visión de Marx también fue compartida por Ludwig Feuerbach (1804-72), que enseñó por medio de un juego de palabras en alemán que *der Mensch ist was er isst* (el hombre es lo que come). De acuerdo con su punto de vista, los factores materialistas y económicos constituían todo —con la consecuencia que la lucha de clases, la acción revolucionaria y eventualmente la sociedad libre de clases, eran los productos inevitables que surgirían de ellos.

Los cristianos no están encerrados dentro de un determinismo de este tipo. De acuerdo con la Biblia, Dios tiene un plan para la historia y la historia está siguiendo dicho plan. Pero esto no significa que el desarrollo de este plan sea mecánico. Es aquí donde entramos en uno de los grandes misterios de la fe cristiana: la relación entre los eternos decretos o la voluntad de Dios y las voluntades humanas que se le contraponen. No podemos decir siempre con precisión cómo se da esta relación, pero lo que sí podemos afirmar es que ambas son reales y que el devenir de la historia está por lo tanto envuelto al menos parcialmente en la obediencia humana o su rebelión contra Dios. La consecuencia más importante de este factor humano con respecto al plan de Dios para la historia es que su plan, por lo tanto, no se desenvuelve con lo que podríamos considerar una regularidad matemática. Por el contrario, se presenta con arranques y empujes. Hay períodos de acontecimientos espirituales muy rápidos. Ray períodos en los que las promesas de Dios parecen estar demoradas. La liberación de Israel bajo la conducción de Moisés es un claro contraste con los cuatrocientos años de cautiverio, por ejemplo. Como individuos, a veces parece que Dios se mueve rápidamente en nuestras vidas. En otros momentos, vemos poco progreso.

Con nuestro gusto, propio del siglo veinte, por las agendas apretadas y el progreso regular, este tipo de ambigüedad nos suele parecer frustrante. Pero tiene sentido cuando nos damos cuenta que el propósito de Dios en la historia no es construir edificios (ni siquiera iglesias) más rápido que nadie, o hacer que los trenes y los aviones arriben y partan con frecuencias mayores, sino que el propósito de Dios es desarrollar en su pueblo un carácter y una conducta fiel a él. Esto es lo que le debió suceder a Abraham durante los veinticinco años que esperó el nacimiento de Isaac, el hijo de la promesa, en la tierra prometida. Tenía setenta y cinco años cuando Dios se le apareció por primera vez y le dio la promesa, pero tenía cien años cuando nació el niño. De manera similar, José estuvo varios años en la esclavitud y más tarde hasta en la prisión antes de ser ascendido para ocupar el segundo lugar de poder en Egipto. Moisés tenía cuarenta años cuando eligió identificarse con su pueblo y no con la élite de Egipto. Pero tuvo que huir de Egipto, y habrían de pasar otros cuarenta años antes de ser finalmente llamado por Dios para regresar a Faraón con el mandato de Dios de dejar ir a su pueblo. En cada uno de estos casos, Dios usó los años de dificultad para! desarrollar la clase de personalidad requerida en alguien llamado a una gran responsabilidad.

Además, como dicha conducta y carácter sólo pueden surgir de una asociación con él, Dios arregló todo para que inevitablemente esa persona fuera traída a la oración y otras formas de comunión. Por eso es que pedimos orando por la venida del reino de Dios, y pedimos la revelación de su voluntad en lo que respecta a nuestras vidas individuales.

3. **Otra enseñanza en la que se apoya la visión cristiana de la historia es la *doctrina de la revelación*.** Esta doctrina está relacionada con las dos anteriores. Sabemos, porque así se nos ha revelado, que este mundo ha sido creado por Dios y es dirigido por Dios de acuerdo con su propio plan perfecto.

La revelación tiene tanto un carácter general u objetivo como un carácter personal o subjetivo. Es decir, hay una revelación del plan general de Dios en las Escrituras, comenzando con la

creación de la raza, siguiendo con la Caída, el llamado de un pueblo especial a través del cual habría de venir un Redentor, la aparición y la obra de Cristo, el establecimiento de la iglesia y la promesa de la eventual Segunda Venida de Cristo. Todo esto constituye el marco objetivo para una visión cristiana de la historia. Pero la revelación también tiene un carácter subjetivo. Cuando leemos la Biblia, Dios también nos habla a nosotros para llamarnos personalmente a entrar dentro de ese marco por medio de la fe en Cristo y la obediencia a él. Cristo es el punto focal de la historia. Nos integramos a la obra de Dios en la historia y servimos para su plan para la historia sólo en cuanto entablamos una relación con Aquel que está en el centro de su obra.

La idea bíblica más importante en este punto es el reino de Dios, que se discutió con cierta extensión en el Tomo III.⁹ El reino de Dios tiene tres dimensiones, cada una de las cuales sirve de apoyo para la visión cristiana sobre lo que está ocurriendo en la historia. Una dimensión es lo que podríamos llamar el gobierno general y soberano de Dios. "El Altísimo Dios tiene dominio sobre el reino de los hombres, y pone sobre él al que le place" (Dn 5:21). "Cuyo dominio es sempiterno, y su reino por todas las edades. Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada; y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano, y le diga: ¿Qué haces?" (Dn 4:34-35). "Jehová hace nulo el consejo de las naciones, y frustra las maquinaciones de los pueblos. El consejo de Jehová permanecerá para siempre; los pensamientos de su corazón por todas las generaciones" (Sal 33:10-11). "...que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto" (Is 45:7). "Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados" (Ro 8:28). El gobierno de Dios sobre la historia es real ya sea que los hombres y las mujeres lo reconozcan o no. No pueden quebrar el dominio de Dios. Sólo lograrán quebrarse a sí mismos sobre él, como un débil hierro sobre un yunque.

La dimensión personal del reino de Dios la podemos apreciar cuando Dios saca a una persona de un estado de rebeldía y oposición a su señorío y la coloca en un estado de feliz participación en él. Dios hace esto por medio del nuevo nacimiento. El reino entonces es visto dentro de ese individuo como la obra de Dios para conformarlo o conformarla cada vez más a los estándares de ese reino y para utilizar su testimonio de manera que ese reino llegue a otros. Cuando oramos: "Venga tu reino", estamos orando para que tenga lugar la realización actual del gobierno de Dios en individuos dispuestos —y no simplemente por la venida futura de Cristo—.

Por último, ha de haber una venida futura del reino de Dios, cuando Jesús volverá para juzgar a los muertos y a los vivos.

Por lo tanto, la Biblia es una revelación de:

1. La dirección y el gobierno general de Dios en la historia,
2. Una realidad presente en la que el Espíritu de Dios está trayendo a muchos individuos a una conformidad deseada con los objetivos del reino de Dios, y
3. Una promesa que el reino ha de ser consumado algún día en el juicio de los pecadores y el reinado eterno y glorioso de Cristo. Dentro de este marco de referencia, quienes creen en Cristo tienen una responsabilidad doble: vivir para Cristo y ser sus testigos en todo el mundo.
4. **La doctrina de la redención** introduce dos ideas que ya han sido aludidas pero que no han sido adecuadamente analizadas: el pecado y la acción singular de Dios en Cristo para salvar al pecador.

El primer tema explica por qué ninguna explicación naturalista o no ética de la historia puede ser adecuada. Quienes están comprometidos con la comprensión moderna, y progresiva, de la historia son particularmente vulnerables en este punto, ya que el progreso que se han imaginado no es un progreso puro, y en algunos casos hasta es asunto cuestionable si hacia lo que ellos

apuntan es progreso propiamente dicho. El problema no radica en que los así llamados elementos progresivos estén ausentes. Están presentes. Sino en una falla humana trágica —lo que la teología cristiana denomina el pecado original— que ensucia esos elementos de progreso y en algunas oportunidades hasta los pervierte para fines destructivos en lugar de fines constructivos.

En ocasiones, particularmente en el clima de los tiempos modernos de justificación propia, se supone que estos elementos destructivos residen en las instituciones y que por lo tanto pueden ser eliminados por medio de una revolución o una reestructuración social. Pero el problema es más profundo. Está en la naturaleza profunda de los hombres y las mujeres y, por lo tanto, solo Dios puede solucionarlo, porque para Dios todo es posible, incluso la reestructura de la naturaleza humana.

Hoy en día algunos pensadores seculares están dispuestos a reconocer lo que la revista Time llamó en cierta oportunidad "el lado oscuro" de la naturaleza humana. En su ensayo "*On Evil: The Inescapable Fact*" ["Sobre la maldad: el hecho ineludible"], escrito poco tiempo después de la masacre de My Lai, en unos de los peores periodos de la guerra de Vietnam, Time buscó ir más allá de la tragedia inmediata y llegar a la maldad subyacente en la naturaleza humana. Los escritores decían:

Los jóvenes radicales de hoy, en particular, son casi dolorosamente sensibles a éstos y otros males de su sociedad, y los denuncian con violencia. Pero al mismo tiempo son típicamente de los Estados Unidos de América en el sentido que no colocan el mal en su perspectiva histórica. Para ellos, el mal no es un componente irreductible del hombre, un hecho ineludible de la vida sino algo cometido por la generación anterior, imputable a una clase social en particular o al '*Establishment*', y que puede ser erradicado por medio del amor y la revolución...

My Lai es una muestra de la violencia que tiembla debajo de la superficie de la vida en los Estados Unidos de América; ¿en qué otro lugar, y bajo qué formas explotará? ¿Cuánta injusticia y corrupción distorsionan la realidad de la democracia que los Estados Unidos tiene para ofrecer al mundo?¹⁰

Unos años más tarde, una revista universitaria hacía la misma observación como reacción a un libro de Harvey Cox, un teólogo de la Escuela de Teología de Harvard, en el que con optimismo pedía una fe en el "mundo interior" de la imaginación humana. La revista objetaba: "Tres generaciones de artistas literatos estadounidenses, sin embargo, han testificado que la crueldad, el vicio, y hasta la locura que campean en nuestra sociedad han salido precisamente de nuestro propio "interior"; que nuestras instituciones no nos fueron traídas desde la luna sino que son de hecho proyecciones de estructuras latentes en la profundidad de las cavernas de nuestra imaginación".¹¹

Los cristianos están de acuerdo con este análisis. Es el problema de la historia, desde la Caída original en el Edén hasta los tiempos modernos, inclusive. ¿Pero cuál es la solución? Si Dios no hubiera actuado en la historia, no habría solución. Sólo cabría esperar una lucha continua con el mal en donde el pesimismo (la destrucción de la raza) o el escapismo (la visión griega de la historia) salieran victoriosos. Pero Dios actúa. Actúa con decisión, no meramente para dirigir la historia o para proveer un marco de referencia moral donde inevitablemente nuestros peores pecados sean juzgados, sino para redimir a quienes son responsables de la maldad. Los redime a través de la obra de Jesucristo. La Biblia nos dice que "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación" (2 Co. 5:19). Mientras Cristo esté presente en la historia no hay lugar para el pesimismo para la persona que cree en él y en el valor de su sacrificio.

5. Pero no todos han de ser redimidos. Es una afirmación dura, pero sin embargo es la enseñanza transparente de la Palabra de Dios. Por lo tanto, para completar la visión cristiana de la historia debemos agregar a las doctrinas ya consideradas —la creación, la providencia, la revelación y la redención— la *doctrina del juicio final de Dios* al final de la historia. Los cristianos expresan su creencia en esta doctrina en el Credo Apostólico: "De ahí [o sea, del cielo], él [Cristo] vendrá a juzgar a los vivos y los muertos".

Al decir que Cristo vendrá a juzgar a los muertos como a los vivos, el credo está diciendo que en el análisis final el significado de la historia no ha de hallarse sólo al final de la historia —como si todo hubiese ido acumulándose hasta una cima final de logros que luego serían juzgados como apropiados o inapropiados para la gloria—. El significado de la historia, en cambio, ha de hallarse en cualquier momento dado, en la opción u opciones hechas por un individuo dado, no importa de quién se trate, de dónde él o ella provengan o lo importante que él o ella parezcan ser.

Volvemos así a la idea planteada al final del último capítulo, que el momento importante en la historia es siempre ahora. He de citar nuevamente a Butterfield, quien señala este punto con una analogía intrigante:

La historia no es como un tren, cuyo único propósito es llegar a su destino; ni como se la imagina mi hijo menor cuando cuenta los 360 días que aún faltan para su próximo cumpleaños y los considera un plazo aburrido y sin ningún significado, que sólo han de ser soportados en vista de hacia qué conducen. Si deseamos una analogía con la historia debemos pensar en algo semejante a una sinfonía de Beethoven —su propósito no está sólo en el final, la sinfonía no es una simple preparación para una belleza que sólo se logra en el último acorde—. Y si bien en algún sentido el final puede descansar en la arquitectura de toda la pieza, en otro sentido cada movimiento tiene su propia justificación, cada nota en su contexto en particular es tan valiosa como cualquier otra, cada etapa en el desarrollo tiene su propio significado inmediato, fuera del simple hecho de cualquier desarrollo que tenga lugar... Contemplamos la historia bajo la luz apropiada, por lo tanto, cuando decimos que cada generación —es más, cada individuo— existe para la gloria de Dios.¹²

La gloria de Dios

No hay un ejemplo mejor para nosotros a estas alturas que el ejemplo de nuestro Señor. Cristo vino a la tierra no para hacer su propia voluntad sino la voluntad del Padre que lo envió (Jn 5:30; 6:38).

"Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese" (Jn 17:4). ¿Cómo trajo gloria a Dios la obra de Cristo? Fue mediante la clara revelación de Dios. Glorificar a Dios significa "reconocer los atributos de Dios" o "hacer que los atributos de Dios sean conocidos". Los atributos de Dios se ven de la mejor manera en la cruz de Cristo. En ese lugar, más que en ningún otro, la soberanía, la justicia, la rectitud, la sabiduría y el amor de Dios se muestran de manera abundante y sin equívocos. Vemos la soberanía de Dios en la manera como se planificó, se prometió y tuvo lugar la muerte de Cristo, sin la más ligera variación con respecto a las profecías del Antiguo Testamento y sin ningún ajuste necesario para compensar alguna circunstancia imprevista. Vemos la justicia de Dios cuando el pecado es castigado realmente. Sin la cruz, Dios podría haber perdonado nuestro pecado gratuitamente —para hablar según una perspectiva humana—, pero no habría sido justo. Sólo en Cristo se satisfizo esa justicia. Vemos la rectitud de Dios al reconocer el hecho de que sólo Jesús, el único justo, podía pagar la pena por el pecado. Vemos la sabiduría de Dios al planificar y organizar dicha salvación tan grande. Vemos su amor. Sólo en la cruz podemos saber sin lugar a dudas que Dios nos ama tanto como ama a Jesús. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn 3:16).

Jesús reveló en toda su plenitud estos atributos del Padre por su muerte. Por eso, su obediencia a la voluntad del Padre de que muriera, lo glorificó. No podemos glorificar al Padre de la misma manera que

Jesús lo hizo, perfectamente o por una expiación sustituta, pero podemos honrar a Dios en la manera que intentemos cumplir sus propósitos para nosotros —por medio de la obediencia.

Notas

1. R. G. Collingwood, *The Idea of History*, (London,: Oxford Univ. Press, 1976), pp. 28-31. "La mentalidad griega tendió a endurecerse y estrecharse a sí misma en esta tendencia antihistórica. El genio de Herodoto se sobrepuso a dicha tendencia, pero después de él, la búsqueda de los objetos inmutables y eternos del conocimiento gradualmente sofocó la conciencia histórica" (p. 29).
2. Epicuro, *Fragments*, 55, Whitney J. Oates, ed., *The Stoic and Epicurean Philosophers* (New York: Randon House, 1940), p. 50.
3. Marco Aurelio, *Meditations*, xi, 1, *The Stoic and Epicurean Philosophers*, p. 571.
4. Platón, *Phaedo*, B. Jowett, trad., *The Works of Plato* (New York: Tudor Pub. Co., n. d.), III: 217-18.
5. Gordon H. Clark, *A Christian View of Men and Things* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1967), pp. 46-49.
6. Clark, *The Christian View of Men and Things*, p. 53.
7. Oswald Spengler, *The Decline of the West*, 2 vols., trad. Charles Francis Atkinson (New York: Alfred A. Knopf, 1926, 1928).
8. Arnold J. Toynbee, *A Study of History*, 12 vols. (London: Oxford Univ. Press, 1934-61).
9. Ver las páginas 312-318 de este volumen.
10. *Time*, 5 de diciembre de 1969, p. 27.
11. Robert F. Lucid, "People's Religion", *Pennsylvania Gazette*, marzo 1974, p. 7.
12. Butterfield, *Christianity and History*, p. 67.

Los fundamentos de la fe cristiana
Dr. James Montgomery Boice

Tomo 4: Dios y la historia
Parte I: El tiempo y la historia

3 — CRISTO, EL PUNTO FOCAL DE LA HISTORIA

AL COMIENZO DE SU LIBRO TAN INFLUYENTE, *CHRIST AND TIME* ("Cristo y el tiempo"), Oscar Cullmann, profesor de Nuevo Testamento y Cristianismo primitivo de la Universidad de Basilea, llama la atención al hecho que nosotros, los que vivimos en el mundo occidental, no entendemos el tiempo como una serie de movimientos continuos hacia adelante que comienzan en un punto fijo inicial, sino desde un centro desde donde se considera que el tiempo va hacia adelante y hacia atrás. El calendario judío comienza con lo que considera es la fecha de la creación del mundo y avanza desde ese punto. Nosotros, en cambio, comenzamos con el nacimiento de Jesús de Nazaret —establecido dentro del espacio de unos años— y luego numeramos en dos direcciones: hacia adelante, en una sucesión creciente de años que identificamos con la sigla d.C. ("después de Cristo" o a.d., en latín, que significa *anno Domini*, "en el año de [nuestro] Señor"), y hacia atrás, en una regresión de años que identificamos con la sigla a.C. ("antes de Cristo").

Este sistema no entró en vigencia de pronto. La costumbre de numerar hacia adelante a partir del nacimiento de Cristo fue introducida en el año 525 d.C. por un abad romano, Dionisio Exigio, y su uso se extendió durante la Edad Media. La costumbre de numerar hacia atrás desde el nacimiento de Cristo se originó recién en el siglo dieciocho. El punto interesante no es tanto cuándo se originaron estas costumbres, sino más bien el testimonio que aportan sobre la convicción presente en los corazones cristianos, que Jesús es el punto focal de la historia.

Un historiador secular podría juzgar que la venida de Jesús fue un acontecimiento fundamental por la influencia obvia que tuvo luego en la historia posterior. Pero la convicción cristiana, simbolizada por la división del tiempo, va más allá que ese reconocimiento. Como lo expresa Cullmann: "El historiador moderno cuando se encuentre presionado puede encontrar un significado confirmado históricamente en el hecho que la aparición de Jesús de Nazaret es considerada como el punto de dirección decisivo en la historia. Pero la afirmación *teológica* que descansa sobre la base de la cronología cristiana va mucho más allá que la confirmación que el cristianismo trajo consigo cambios históricos de relevancia. Sostiene que es desde este punto central que debe entenderse y juzgarse a la historia".¹ El cristianismo afirma que fuera de Cristo no hay manera de determinar en qué consiste la historia en su totalidad, ni es tampoco legítimo comparar los acontecimientos históricos para pronunciar a alguno de ellos mejor o más significativo que los demás. Con Cristo, sin embargo, se provee una perspectiva histórica verdadera para estos dos asuntos esenciales. Afirmamos esto por medio de nuestra división del tiempo en dos medias historias.

El cumplimiento del tiempo

Esta división del tiempo no está expresada explícitamente en la Biblia. Pero se señala por el hecho de que nuestra Biblia tiene dos Testamentos: el Antiguo Testamento que conduce hasta el momento de Cristo, y el Nuevo Testamento que nos narra su vida y los acontecimientos que surgieron a partir de la misma. El libro de los Gálatas señala la importancia del tiempo específico en la historia en que vino Cristo. Utiliza una frase ["el cumplimiento del tiempo"] que no ocurre en ningún otro lado de la Biblia. "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Gá 4:4-5).

Esta frase se refiere en principio a los acontecimientos históricos, de modo que su relevancia con respecto a Cristo debe ser primero entendida históricamente. ¿Qué es lo que hizo que ese tiempo en particular en el que vino, el primer siglo de nuestra era, adquiriera su importancia? Hay varias respuestas propuestas a esta pregunta. En primer lugar, sería imposible imaginarla rápida expansión del cristianismo en el mundo tal como era antes de la época de Alejandro el Grande y el imperio romano subsiguiente. Antes del nacimiento de Cristo, el mundo estaba dividido en naciones y religiones separadas y hostiles unas de otras. Estas eran barreras infranqueables para la obra misionera, pero ya habían sido superadas en el tiempo de la venida de Cristo. Entonces, el mundo era en realidad un único mundo, y los misioneros del evangelio encontraron las puertas de las naciones abiertas de par en par mientras viajaban para proclamar el mensaje de Cristo.

Un segundo factor fue también importante: la herencia de las civilizaciones griegas y romanas. Los griegos habían dejado su lengua como el idioma común y el idioma para los negocios en el mundo. Se hablaba en todas partes y fue por lo tanto el idioma en que se comunicó la fe cristiana. El Nuevo Testamento fue escrito en griego, por ejemplo, y no en hebreo, arameo o latín. Roma había traído la paz al mundo (la *pax Romana*) y había vinculado al mundo por un sistema de caminos magníficos, algunos de los cuales todavía perduran en parte en Italia, Francia, Suiza, Gran Bretaña, y en otras partes. En estos caminos —como también en el mar—, bajo la protección general de las legiones romanas, el apóstol Pablo y sus compañeros llevaron las buenas nuevas del evangelio a Asia Menor, Grecia y hasta Roma.

Tercero, la expansión del evangelio fue preparada por la dispersión de los judíos por toda Europa. Los judíos tenían algunos privilegios especiales para la conducción de su religión como resultado de su pronta ayuda a Julio César durante un momento particularmente tenso de la campaña contra Egipto, y estaban presentes en varios lados con sus sinagogas, las Escrituras y su conciencia general sobre Dios. La iglesia primitiva floreció bajo las alas del judaísmo en sus primeros días, y fue dentro de las sinagogas que se hicieron los primeros convertidos al cristianismo.

Un cuarto factor en esta preparación histórica para la venida de Cristo fue el fracaso de la filosofía de proveer respuestas firmes para las grandes interrogantes de la vida, junto con la inseguridad que se había introducido en los diversos sistemas religiosos de la época. Era un tiempo de tanta decadencia moral y depravación que hasta los paganos protestaban contra ella.

Lo que esto significa, cuando lo consideramos en su conjunto, es que el tiempo de Cristo fue el punto focal de la historia. Los siglos anteriores de la raza humana, tanto desde el punto de vista secular como sagrado, habían sido una preparación para él. También pueden haber tenido significado en otros niveles; sin duda que lo tuvieron. Pero la perspectiva bíblica es que todo estaba conduciendo a Cristo. Emil Brunner ha escrito con respecto a esta preparación:

Platón y Alejandro, Cicerón y Julio César deben servir a Dios, de modo de preparar el camino para Cristo. Es significativo que el evangelio de Lucas comienza con el censo ordenado por Augusto, y el evangelio de Mateo comienza con la historia de los magos del Oriente, dispuestos a dejar sus hogares para seguir a la estrella que los conducía a Palestina y a la Corte de Herodes... Hace mucho, desde los primeros comienzos, Dios había preparado aquello que luego fue su voluntad entregar como la salvación del mundo "en el cumplimiento del tiempo", como algo que, por un lado, —de acuerdo con su naturaleza humana— surge a partir de esta historia, pero a la vez como algo que vino a la historia, como algo que no podría ser explicado a partir de sí mismo.²

De la misma manera, la historia bíblica se desenvuelve ahora a partir de Cristo a través del desarrollo de su obra y el derramamiento de su Espíritu, como lo muestra el Nuevo Testamento.

El tiempo cumplido

Hablar sobre el cumplimiento del tiempo como la preparación en la historia para la venida de Cristo consiste sólo en una parte del significado de esa frase, sin embargo, y ni siquiera se trata de la parte más importante. Es cierto, los acontecimientos de la historia bajo la guía del Dios soberano fueron una preparación para Cristo, y en ese sentido el tiempo de su venida fue propicio. Pero el tiempo también se cumplió en el sentido que Dios lo cumplió mediante lo que hizo en Cristo. El tiempo de Cristo tiene una relación con la historia como ningún otro tiempo antes ni después.

Deberíamos enfocar tres momentos claves en la vida de Cristo: el momento inicial de la Encarnación, el momento central de la crucifixión, y el momento del clímax de su resurrección. Cada uno de estos momentos constituye, sin paralelos, una parte de esa vida total de Cristo que debe servir para entender y juzgar la historia.

La esencia de la *Encarnación* es que por ella Dios se hizo hombre para poder lograr la salvación y establecer el señorío de Dios en la historia y sobre la historia. El medio por el que se cumplió históricamente fue el nacimiento virginal. La concepción de Cristo sin el beneficio de un padre humano hace tambalear a las mentes que no creen, tanto fuera como dentro de la iglesia, y ha sido rechazada, reduciendo así a Jesús al nivel de un simple hombre con ciertas sensibilidades espirituales no muy bien definidas. Pero la Encarnación es mucho más que eso. Es la invasión de Dios en la historia por medio de Aquel que es singularmente tanto Dios como hombre. Se trata de un acontecimiento sobrenatural o milagroso, y es esta característica del acontecimiento la que está siendo definida y mantenida por la doctrina del nacimiento virginal.

Si hubo o no un nacimiento virginal es una pregunta histórica que ha sido definitivamente tratada por J. Gresham Machen en *The Virgin Birth of Christ* ["El nacimiento virginal de Cristo"],³ un libro que hasta ahora nadie ha podido refutar y ni siquiera contestar. Machen defiende el nacimiento virginal por medio de un estudio exhaustivo de los documentos originales —en el que demuestra su coherencia y su credibilidad inherente— y por medio de una crítica devastadora de todas las teorías rivales sobre el origen de la doctrina. La persona que desee investigar este lado de la cuestión debería comenzar con la obra de Machen. Lo que Machen no analiza, pero que tiene un gran significado para la visión cristiana de la historia, es la importancia de la doctrina para la historia misma. Los relatos bíblicos hacen esto.

Tomemos el himno de María después de la anunciación del nacimiento de Cristo y su visita a Elisabet, que estaba esperando el nacimiento de Juan el Bautista (Lc 1:46-55). Se lo conoce como el *Magnificat*, por la palabra latina al comienzo del himno.

Engrandece mi alma al Señor;
Y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.
Porque ha mirado la bajeza de su sierva;
Pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.
Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su nombre,
Y su misericordia es de generación en generación A los que le temen.
Hizo proezas con su brazo;
Eparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones.
Quitó de los tronos a los poderosos, Y exaltó a los humildes.
A los hambrientos colmó de bienes, Y a los ricos envió vacíos.
Socorrió a Israel su siervo, Acordándose de la misericordia
De la cual habló a nuestros padres,
Para con Abraham y su descendencia para siempre.

El poder de este himno proviene de la visión de la incursión definitiva de Dios en la historia humana que tenía su autora. María estaba describiendo nada menos que la completa derrota de todo el estado de la historia tal como la conocemos, un estado en el que suelen triunfar los poderosos y los pobres se

mueren de hambre. Los poderosos han de ser humillados y los pobres exaltados. Los ricos serán enviados con las manos vacías y los hambrientos serán alimentados. Esto ha de ser hecho según las promesas de Dios a Abraham y a los otros padres de la nación judía. Es un acontecimiento desde fuera de la historia, pero que ahora también forma parte de la historia. Es un acontecimiento decisivo.

Encontramos lo mismo más adelante en el mismo capítulo en el *Benedictus* del anciano Zacarías (Lc 1:68-80).

Bendito el Señor Dios de Israel,
Que ha visitado y redimido a su pueblo,
Y nos levantó un poderoso Salvador En la casa de David su siervo, Como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde el principio;
Salvación de nuestros enemigos,
y de la mano de todos los que nos aborrecieron;
Para hacer misericordia con nuestros padres, Y acordarse de su santo pacto;
Del juramento que hizo a Abraham nuestro padre,
Que nos había de conceder Que, librados de nuestros enemigos,
Sin temor le serviríamos.
En santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días.
Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado;
Porque irás delante de la presencia del Señor,
para preparar sus caminos;
Para dar conocimiento de salvación a su pueblo,
Para perdón de sus pecados,
Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
Con que nos visitó desde lo alto la aurora,
Para dar luz a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte;
Para encaminar nuestros pies por camino de paz.

Este himno se refiere en primera instancia al nacimiento de Juan el Bautista, el "profeta del Altísimo" que debería "ir delante" de él. Sin embargo, la mirada se eleva más allá de la obra del antecesor, al cumplimiento de las promesas de Dios a Israel en la venida de Cristo. En este himno, como en el *Magnificat*, el foco está sobre la intervención de Dios en la historia con resultados históricos inevitables.

Rousas J. Rushdoony, que ha examinado los aspectos históricos de la Encarnación en un ensayo, "*The Virgin Birth and History*" ("El nacimiento virginal y la historia"), escribe:

Antes de Jesucristo, el movimiento de la historia era magro, y tenía lugar en la oscuridad. Los peregrinos de la historia estaban temerosos de moverse; no se podían mover, carecían de dirección en la oscuridad... Ahora, con el cumplimiento de la revelación, el pueblo de Dios se mueve con él a la luz de Cristo. Según el *Benedictus*, el gran movimiento hacia adelante del hombre en la historia comenzó en Cristo y con Cristo... Todos los aspectos de la narrativa de la natividad no son sólo históricos sino que están dirigidos hacia el cumplimiento del proceso histórico.⁴

El segundo momento importante en la vida de Cristo es la *crucifixión* que, como parte de este tema central en la historia, es el más central de todos. Es el motivo por el cual tuvo lugar la Encarnación, y que está corroborado por la resurrección.

La cruz es el carácter distintivo central del Nuevo Testamento. Cada uno de los evangelios dedica una parte considerable de su relato a los acontecimientos que tuvieron lugar durante la semana final de Cristo en Jerusalén, culminando con su crucifixión y su resurrección; y no es ninguna exageración decir que la cruz deja caer su sombra sobre la vida y el ministerio de Cristo aun antes de este tiempo. El nombre *Jesús*, que José le puso al niño siguiendo las instrucciones del ángel, ya está apuntado a su muerte en el Calvario. El ángel explicó la elección del nombre, diciendo: "Y llamarás su nombre Jesús,

porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt 1:21). Jesús, también, habló del sufrimiento por el que tendría que pasar. "Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días" (Mr 8:31). "Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día" (Mr 9:31). Jesús relacionó el éxito de su misión con su crucifixión. "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Jn 12:32). Habló sobre la crucifixión llamándola la "hora" vital para la que había venido (Jn 2:4; 12:23,27; 17:1; comparar con 7:30; 8:20; 13:1). En su relato de estos acontecimientos, Mateo dedica dos quintas partes de su evangelio a la semana final en Jerusalén; Marcos, le dedica tres quintas partes; Lucas, una tercera parte; y Juan, casi una mitad de su evangelio.

Nuevamente, la crucifixión es el tema del Antiguo Testamento: los sacrificios del Antiguo Testamento, que Dios le había dado a Israel con fines pedagógicos, prefiguraban el sufrimiento de Cristo. Los profetas lo predijeron explícitamente. Jesús posiblemente se refirió a ambas líneas de testimonio cuando les enseñó a los discípulos cabizbajos en el camino a Emaús que el Antiguo Testamento había anticipado su muerte. "Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" (Lc 24:25-27).

No resulta nada sorprendente a la luz de este énfasis bíblico que el punto central que la cruz de Cristo ocupa ha sido reconocido por los cristianos de todas las épocas, aun antes de que Constantino hiciera de la cruz la insignia del cristianismo. "La cruz constituye el punto focal de la fe cristiana. Sin la cruz la Biblia es un enigma, y el evangelio de la salvación es una esperanza vacía".⁵

Cualquiera que sepa algo sobre la Biblia debería saber por qué la cruz de Cristo es central. La Biblia es una historia de la desesperanza del hombre caído en el pecado y del remedio perfecto de Dios para dicho pecado mediante Cristo. La cruz es la solución de Dios para el problema del pecado. Pero lo central de la cruz es todavía más que esto. Si la cruz es la solución al problema del pecado y la única solución, entonces la cruz se enfrenta con cada individuo como una crisis a la que él o ella deben responder, y de acuerdo con dicha decisión, él o ella han de vivir o morir. Las personas en los tiempos del Antiguo Testamento tenían dos caminos-abiertos: o miraban hacia el futuro, hacia Cristo como el Salvador que Dios había prometido, o no miraban hacia él. Nosotros, o miramos hacia atrás con sencillez de fe en lo que ha hecho por nuestra salvación, o no miramos hacia atrás. Nuestro destino depende de esta diferencia.

El tercer momento clave en la vida de Cristo es la *resurrección*. Es importante de dos maneras. Primero, es importante históricamente. La iglesia de Cristo (y, por consiguiente, el cristianismo) surgió únicamente como consecuencia de la resurrección. Sin una resurrección verdadera dentro de la historia, los primeros discípulos se habrían dispersado y vuelto a sus hogares, sus sueños se habrían hecho añicos. Habrían dicho, junto con los discípulos de Emaús: "Pero nosotros esperábamos (tiempo verbal pretérito) que él era el que había de redimir a Israel" (Lc 24:21). Sólo porque Jesús se les apareció nuevamente después de su resurrección fue que los discípulos se volvieron a reunir como una comunidad, convencidos de su mensaje y fortalecidos para salir con su testimonio aun frente a la persecución y la muerte. En este giro de 180 grados la resurrección es el clímax y el fundamento.

Segundo, la resurrección es importante para cada individuo. Forma parte de la solución de Dios para el problema humano. ¿Cuál es nuestro problema? Es el pecado. El pecado tiene tres áreas principales de expresión: nos hace ser ignorantes de Dios; nos separa de Dios; y nos vuelve incapaces de vivir para Dios —incluso si pudiéramos de alguna manera llegar a conocerle y ser reconciliados con él—. La Encarnación es la respuesta de Dios al primer problema: aunque Dios también se reveló a sí mismo en las Escrituras, fue en Cristo, por encima de cualquier otra cosa, que lo vemos y lo conocemos. La respuesta de Dios al segundo problema es la crucifixión: en ella Dios hizo la expiación por el pecado para remover la culpa del pecado y nosotros, que en otro tiempo estábamos lejos, fuimos hechos cercanos por la

sangre de Cristo (Ef 2:13). La respuesta de Dios al tercer problema es la resurrección. No es sólo una prueba de la divinidad de Cristo y del valor de su muerte para los pecadores. Es también la promesa y la prueba de la nueva vida y el poder para todos quienes creen en Jesús. Puede decirse de la resurrección, como de la Encarnación, que con ella algo nuevo vino al mundo y que el mundo nunca puede volver a ser el mismo después de la misma.

La importancia de la resurrección fue detallada en el Tomo II, donde se argumentó que prueba que:

1. Hay un Dios, y el Dios de la Biblia es el Dios verdadero.
2. Jesús de Nazaret es el único Hijo de Dios.
3. Todos los que creen en Cristo son justificados de todo pecado.
4. El cristiano es capaz de vivir una vida agradable a Dios.
5. La muerte no es el fin de esta vida.
6. Habrá un juicio final sobre todos los que rechazan el evangelio.⁶

Entonces, en el medio de la historia, simbolizado por la división en a.C. y d.C., está el acontecimiento central, la vida y obra de Cristo. La historia se preparó para este acontecimiento y fue a su vez cambiada por el mismo. La historia se entiende a partir del mismo y es juzgada por el mismo. La decisión humana más grande que debe tomarse es cómo nosotros, cada uno de nosotros, responderá a Jesús.

El Señor de la historia

Debemos decir una cosa más antes de dejar este tema. Aunque hablamos de Cristo como el punto focal de la historia, esta afirmación no debe ser entendida como si estuviéramos diciendo que Cristo se apareció sólo ahí —y que, fuera de ese breve intervalo de tiempo, él y la historia son dos cosas separadas—. Por el contrario, decimos que Aquel que se apareció en la historia es también el Señor de la historia. Debe ser visto en el principio mismo de la historia; en la actualidad, gobierna a la historia para alcanzar sus propios fines sabios; y también aparecerá al final de la historia como su juez. En otras palabras, es Aquel a través de quien el Padre ejerce su relación con la historia (como vimos en el último capítulo).

Cullmann resume la evidencia bíblica expresándolo en estas palabras:

Incluso el tiempo antes de la Creación es considerado enteramente desde la posición de Cristo; es el tiempo en el que, en el consejo de Dios, Cristo ya es predestinado como el Mediador antes de la fundación del mundo (Jn. 17:24; 1 P. f20). Luego es el Mediador en la Creación propiamente dicha (Jn 1:1; He 1:2; y especialmente los versículos 10 y siguientes; 1 Co 8:6; Col 1:16)... La elección del pueblo de Israel tiene lugar con referencia a Cristo y alcanza su plenitud con la obra del Encarnado... El papel de Cristo como Mediador continúa en su Iglesia, que constituye en realidad su cuerpo terrenal. Desde ella, ejerce el Señorío que Dios le encargó sobre el cielo y la tierra, aunque ahora es invisible y sólo puede ser comprendido por medio de la fe (Mt 28:18; Fil 2:9 y siguientes). Cristo es además el Mediador en el final, cuando se complete todo el plan de redención. Es por eso que volverá a la tierra; la nueva creación al final, como todo el proceso de redención, está relacionada con la redención de los hombres cuyo Mediador es Cristo. Sobre la base de su obra, el poder de resurrección del Espíritu Santo transformará a todas las cosas creadas, incluyendo nuestros cuerpos mortales; un nuevo cielo y una nueva tierra serán creados, donde no habrá lugar para el pecado y la muerte. Sólo entonces el papel de Cristo como Mediador será completo. Sólo entonces Cristo "se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos" (1 Co 15:28). Sólo cuando llegue ese momento la línea que comenzó con la Creación habrá alcanzado su final.⁷

Si bien Cristo es el punto focal de la historia, Cristo está también, y al mismo tiempo, sobre y en control de la historia. Por lo tanto, se trata de su historia y contiene su significado. Podemos entrar en esa historia conscientemente por medio de la fe en él.

Notas

1. Oscar Cullmann, *Christ and Time: The Primitive Christian Conception of Time and History*, trad. Floyd V. Filson (Philadelphia: Westminster Press, 1950), p. 19.
2. Brunner, *Dogmatics*, vol. 2, pp. 237-38.
3. J. Gresham Machen, *The Virgin Birth of Christ* (New York: Harper, 1932).
4. Rousas J. Rushdoony, *The Biblical Philosophy of History* (Nutley, N. J.: Presbyterian and Reformed Pub. Co., 1969), p. 110.
5. James Montgomery Boice, *Philippians: An Expository Commentary* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1971), p. 144. Para un análisis más completo sobre la naturaleza de la obra de Cristo en la cruz, véase el Tomo II.
6. Véanse las páginas 348-355 de este volumen.
7. Cullmann, *Christ and Time*, pp. 108-9.